



OPÚSCULO FILOSÓFICO

Año XVI | Nro. 36 | enero-junio 2023 | Mendoza, Argentina

ISSN 2422-8125 (en línea) | ISSN impreso 1852-0596

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/opusculo/index>

Recibido: 3 de marzo 2023 | aceptado: 12 de abril 2023

pp. 75-82

## RESEÑA

# **Benavides, C. (2022). *La voz de lo divino: Memoria, musas e inspiración en la Grecia Antigua*. Jagüel Editores. 92 p.**

**ISBN: 978-987-4931-40-5**

---

**Daniela Soledad Gonzalez**

 <https://orcid.org/0000-0003-2437-531X>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
Universidad Nacional de Cuyo  
Argentina

[gonzalezdanielasoledad@yahoo.com.ar](mailto:gonzalezdanielasoledad@yahoo.com.ar)

En esta reseña, se expone el libro de reciente publicación titulado *La voz de lo divino: Memoria, musas e inspiración en la Grecia Antigua*, editado por Jagüel Editores de Mendoza (Argentina). El autor del libro, Cristian Eduardo Benavides, es Profesor, Licenciado y Doctor en Filosofía. Se desempeña como Profesor a cargo de los espacios curriculares “Principios de Filosofía”, “Temas de Filosofía Antigua” y “Proyecto de Tesis de Licenciatura en Filosofía” de la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de

Cuyo. Además, es coordinador del Centro de Estudios de Filosofía Clásica. Cuenta en su haber con numerosas publicaciones. Además, ha desarrollado una interesante carrera musical como bandoneonista.

El trabajo se encuentra disponible como libro físico y como publicación electrónica en diversas tiendas virtuales por las que la editorial Jagüel distribuye habitualmente su material: Google Play Libros, Amazon y otras plataformas de alcance internacional. Forma parte de la colección *Recursos para investigadores*, dirigida por Bettina Ballarini. Cuenta con 92 páginas y presenta un diseño sugerente, que invita a la lectura. En la tapa, se aprecian las imágenes de una musa griega y del Partenón, que anticipan visualmente los contenidos que se van a tratar. La obra está dedicada a la memoria de la madre del autor. Esta expresión personal que se presenta al inicio del libro pone de manifiesto la inspiración del escrito y la maduración vital de sus ideas.

La obra comienza con una introducción, que es seguida por 13 capítulos, las consideraciones finales y la bibliografía. La introducción parte del hecho de que, para las cosmovisiones antiguas, la realidad en la que nos movemos y existimos es obra divina, es sagrada. La inspiración divina se manifiesta en los majestuosos templos y esculturas de aquellas civilizaciones. En la actualidad, si bien el ser humano más desconectados de su fuente, dichas obras artísticas suscitan admiración por el reconocimiento de su naturaleza inspirada. Lo que nos resulta más difícil de comprender es que la inspiración de esas obras significó una experimentación de lo divino.

Hoy en día es común que se juzgue lo mítico como ingenuidad, primitivismo y simpleza. En la Grecia Antigua, por el contrario, el mito era revelación y realidad. El libro *La voz de lo divino* apunta a reflexionar sobre el sentido más raigal del mito a través del estudio de aspectos clave como la divinidad, la memoria, las musas y la inspiración, con el fin de mostrar la hondura y riqueza del pensamiento griego (p. 9).

A continuación, se hará un repaso breve de cada uno de los temas que trata el libro en los distintos capítulos. El primer asunto que se aborda es la narración mítica como historia verdadera y sagrada. El autor aclara que el mito “no es como creen algunos un relato precientífico que vino a ser superado por la ciencia y el pensar filosófico. Se trata de un saber arcaico, sagrado (...) para los antiguos, *mythos* significaba originalmente la palabra que pronuncia lo real, lo que es, no la palabra que pronuncia lo pensado” (p. 11). Para estas sociedades, el mito no era una mera expresión ficcional, sino una “historia verdadera y sagrada” (p. 13), algo vivo, que expresaba a través de metáforas diversos aspectos de la realidad. Es más, el mito era, además, una clave existencial y un modelo de conducta.

El hecho de que el mito explique por qué las cosas son como son y todo funciona como funciona deja claro por qué para las sociedades antiguas fue tan importante su transmisión a las nuevas generaciones. Esta transmisión se hace en un marco de ritualidad. “La actividad ritual **reactualiza** el sobrevenir primigenio, la presencia de los dioses y de sus energías creadoras” (p. 14, negrita propia). De este modo, “El mito posibilita la salida del tiempo profano, del tiempo puramente

cronológico, para insertarnos en aquella milagrosa atmósfera del tiempo sagrado, del tiempo primigenio” (p. 14).

El segundo capítulo del libro se denomina “La presencia de lo Divino”. Afirma que en todas las cosas, hasta en las más cotidianas e insignificantes, se halla lo divino. Yendo más allá, surge la pregunta ¿cómo es lo divino en la cosmovisión griega antigua? En esta cultura se concibe la divinidad como múltiple (pues son politeístas) con algunas cualidades comunes entre los dioses, como los son la perfección y la inmortalidad. Además, la divinidad tiene mucho en común con la humanidad; en especial, los afectos y las pasiones. Incluso, en una época los dioses habitaron la Tierra y hasta se unieron amorosamente con los humanos.

Los dioses están detrás de todo lo que acontece a los seres humanos. Una aclaración importante que hace el autor del libro es que “esta concepción no suprime la libertad del hombre ni niega la previsión y regularidad de los acontecimientos. No es la anulación de lo mundanal en pos de lo celestial, sino la coexistencia, enlazamiento e interrelación entre lo humano y lo Divino. En tal sentido ha de observarse que la Divinidad no viene a interrumpir ni a destruir el curso natural de las cosas” (pp. 18-19). De hecho, el mismo destino no constituye el resultado de una decisión puramente divina, sino que se construye de forma mancomunada con la acción humana.

El capítulo 4 continúa indagando el vínculo de la Divinidad con los asuntos humanos. Afirma que la divinidad se manifiesta en el hombre cuando, al actuar, este percibe la inspiración y la ayuda

o, por el contrario, la perturbación y el desfavorecimiento. En palabras del autor, “lo que el hombre siente, piensa, quiere y hace pertenece tanto a él como a la Divinidad. Las dos cosas son verdaderas y en el fondo una misma” (p. 22).

Con estas consideraciones en mente, no resulta difícil comprender el movimiento en dos direcciones que hace el hombre para conocerse y reconocerse: por un lado, mirar su interior para reconocer sus impulsos y pasiones; por otro lado, contemplar la naturaleza de los dioses. En este sentido avanza el capítulo 5, que se dedica a analizar el teomorfismo en la religión griega. Se suele hablar de la personificación de los dioses griegos, de su antropomorfismo. Al autor le interesa explorar otra perspectiva: el teomorfismo del hombre. Con esta mirada, “en lugar de ser una degradación de lo deífico, la figura corporal humana ha sido considerada en la Antigüedad como una elevación del hombre hacia ello, una preformación y anunciación de lo Divino que hay en él. Basta recordar la famosa frase contenida en el libro bíblico del *Génesis* según la cual el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios” (p. 26). En este sentido, “El politeísmo que exhibe el Panteón Olímpico no tiene en el fondo una divergencia tan radical de las religiones monoteístas” (p. 27). Incluso, la misma religión griega postula la primacía de uno de los dioses por sobre los otros: Zeus. No está de más agregar que la palabra *Dios*, que denomina a la deidad cristiana, proviene del latín *Deus*, que a su vez viene del griego *Zeus*. En la mentalidad griega, la pluralidad que manifiestan los dioses no colisiona con la posibilidad de una unidad de lo divino.

El siguiente capítulo se titula “La divina y arcana Memoria”. Comienza diciendo “Lo primordial femenino está conectado con el Eterno Fundamento de una manera distinta y más raigal que lo masculino. Esto puede apreciarse de manera particular con el caso de las Musas y de su madre, la divina Memoria” (p. 30). La Memoria es Mnemosyne, una Titánide, una de las deidades más arcanas del mundo griego. De su unión con Cronos surgen las nueve Musas, que componen un perfecto coro celestial. Inspiran a los seres humanos y les transmiten la sabiduría de la Memoria, su madre. Su actuar las convierte en un instrumento privilegiado de vinculación entre lo divino y lo humano. “Ahora bien, la rememoración que patrocinan estas diosas, en tanto asistencia y triunfo sobre el olvido (*lesmosyne*), no repite ni reproduce el pasado sino que lo recrea, en el sentido de que lo rejuvenece y vivifica 'cada vez', con cada canto” (p. 32). Esta reactualización del pasado es la mejor manera de resignificar el presente, de comprenderlo de una forma más novedosa y profunda. Por esta razón, el autor señala que “la Memoria derriba el muro que divide el presente del pasado (...) quita la barrera que se levanta entre lo que nace y lo que se extingue, entre lo que germina y lo que sucumbe, entre los vivos y muertos” (p. 35).

El capítulo 7 reflexiona sobre las relaciones entre la Memoria, Mnemosyne, y el Olvido, Lethe. Plantea que los difuntos antes de partir al Hades beben de las aguas del río Lethe para perder la memoria de su estancia terrenal. Además de emparentarse con la Muerte, Thánatos, el Olvido es pariente del Sueño, Hypnos. La memoria, por el contrario, es la fuente de la inmortalidad. De estas consideraciones no debe concluirse que la memoria y el olvido son contradictorios, sino que se deben comprender como

complementarios. De hecho, en el oráculo de Trofonio, en Lebadea, había dos fuentes: una para olvidar el pasado y otra para hacer conservar el recuerdo de todo lo visto y oído en el contacto con el otro mundo.

Con la aparición de doctrinas místicas sobre la transmigración, Mnemosyne pasa del plano cosmogónico al plano escatológico. En palabras del autor, “el conocimiento del tiempo primordial queda relegado y cobra importancia el conocimiento de las existencias personales anteriores” (p. 38). La concepción de Lethe también se modifica: pasa de suprimir los recuerdos terrenales para ingresar a la muerte a suprimir los recuerdos del más allá para que el alma exiliada pueda volver a la vida en la Tierra. Es solo a través de la memoria que las almas pueden salir del ciclo inexorable de nacimientos y vidas terrestres llenas de sufrimiento. Por ello, hay laminillas de oro halladas en las tumbas de iniciados en la doctrina órfica que colocan la laguna de Mnemosyne frente al palacio de Hades. Los iniciados han de pedir a los guardias beber de las aguas de la laguna antes de entrar al Hades para poder alcanzar la bienaventuranza y romper el ciclo de reencarnaciones. En la doctrina pitagórica, es a través de un esfuerzo por las rememoraciones pasadas que el ser humano se purifica y cierra el ciclo de las metamorfosis. Dicho de otro modo, se lograba una “deificación del alma por medio del autoconocimiento, conforme especialmente con determinados ejercicios de tipo mnemotécnico” (p. 41).

El capítulo 8 del libro, cuyo título es “Memoria cosmogónica y Memoria escatológica”, se encarga sintetizar lo que se ha venido desarrollando hasta el momento. Describe las dos principales

formas que tomó la memoria mítica en la Grecia Antigua: la que se vincula con los sucesos primitivos y la que se encuentra ligada con los acontecimientos históricos y personales. En consonancia, el olvido tiene dos variantes: por un lado, es aquello que superan las musas encantadoras para reactualizar los eventos sucedidos en el origen; por otro lado, es lo que se supera mediante una fórmula ritual o una rutina ascética a fin de recordar vidas anteriores. Por lo tanto, Mnemosyne (y, en correlato, Lethe) pasan del plano de la cosmología a la escatología.

Además, Benavides advierte una peculiaridad sustancial: “la estrecha relación que se presenta en la mitología Griega entre la memoria y el tiempo” (p. 46). Tanto en la concepción cosmogónica de la memoria como en la escatológica el tiempo del que se habla no es un tiempo humano, sino divinizado e inmortal. La diferencia está en que, en el primer caso, hay una renovación cíclica de la realidad, en general, mientras que, en el segundo caso, se pone el foco en la existencia del hombre, de cuya temporalidad cíclica el hombre busca librarse para ingresar en una eternidad inmóvil.

El capítulo 9, “El glorioso canto de las Musas”, aborda aspectos “musicales”, en un sentido primitivo del término. Se parte de la etimología de la palabra *mousiké*, “vocablo que en sus orígenes no designaba solamente la disciplina a la que le da nombre sino que indicaba toda actividad artística en general” (p. 48). Las musas son la voz de lo sagrado, alaban en palabras y música las maravillas del mundo. El poeta que bebe de las aguas del entusiasmo recibe de las musas el alumbramiento para poder dar cauce al mensaje divino a través de su creación artística.

En el capítulo que se encuentra a continuación, titulado “El don de las Musas”, el autor se adentra en el tema del talento. El talento no es una adquisición personal, sino una dádiva de las diosas. En efecto, la invocación a las musas no constituye un mero ejercicio retórico, sino que es un acto de fe, que permite superar las limitaciones humanas para acceder al ámbito divino. Las Musas revelan al hombre aspectos profundos del mundo, ya sea del pasado, del presente o del futuro. Establecen, así, un vínculo entre lo temporal y lo eterno.

El próximo capítulo se llama “El designio de los dioses”. Indaga en las maneras en las que se manifiesta la intervención de los dioses en el gobierno del mundo. Esta intervención tiene que ver con la revelación, ya mencionada, e incluso con impulsos divinos que llevan a los hombres a actuar precipitada e imprudentemente. Esto es lo que hace la diosa Ate. En contraposición, las Litaí o Plegarias persiguen constantemente los ágiles pasos de Ate para menguar su poder. En este sentido, entonces, se puede hablar de “la acción co-causal de lo sobrenatural en el obrar humano en particular” (p. 60).

El capítulo 12, “El endiosamiento o entusiasmo”, se detiene en el tema de la inspiración divina. El entusiasmo consiste, como su etimología lo marca, en “tener un dios adentro” (p. 62). La inspiración tiene en su base una idea similar, pues significa el sople que la divinidad exhala sobre alguien. Esta metáfora del viento como inspiración tiene mucho sentido porque tanto el lenguaje como el canto se materializan a través de un instrumento de viento. Para que la divinidad ingrese, el hombre debe salir de sí de algún modo, es decir, debe alcanzar el éxtasis.

La divinidad ingresa a través del aire. El aire tiene un valor primordial, tanto que “el alma y la vida penetran en el cuerpo con la primera inspiración del recién nacido, y se pierden con la última expiración” (p. 65). De nuevo, apreciamos la conexión directa de la inspiración con temáticas existenciales como la vida y la muerte.

El capítulo 13 ahonda en el estado maniático y el éxtasis. La manía es el estado de perturbación temporal del equilibrio psíquico provocado por una entidad externa. En la actualidad, la manía constituye algo patológico; no era así en la cosmovisión griega antigua. El estado de manía o éxtasis, si bien produce una especie de raptó, no suspende los sentidos, sino que los intensifica. Se opera una especie de “transfiguración de lo corpóreo en virtud de su deífica elevación espiritual” (p. 67). Quien vive esta experiencia mística se convierte en una especie de sacerdote, pues oficia como mediador entre la divinidad y los hombres.

El último capítulo del libro se refiere a “La inspiración según Platón”. Comenta el tratamiento de la inspiración poética por parte de Platón. Señala que el entusiasmo involucra claramente al rapsoda, pero también se traduce en una especie de “contagio” al público, que llora ante hechos tristes y ve erizarse sus cabellos ante hechos terribles. A través del poeta, muchas otras personas reciben el mensaje de la divinidad. Afirma que los poetas no dicen bellos poemas en virtud de la *téchne*, sino por la inspiración divina. A esto responden las invocaciones a las Musas que se encuentran al inicio de la *Ilíada* y la *Odisea*, entre muchas otras. De estas creencias se deriva la idea de que las

obras artísticas prominentes responden a una disposición divina y comunican un mensaje de los dioses.

El mismo amor es, para Platón, una forma suprema de la manía divina. La manía es subdividida por Platón en cuatro clases conectadas entre sí: (1) la manía profética, que proviene de Apolo, (2) la manía mística, cuya fuente es Dionisos, (3) la manía poética, que procede de las Musas, y (4) la manía erótica, que deriva de Eros y Afrodita (p. 75).

Las “Consideraciones finales” del libro sintetizan de manera magistral todo lo que se ha venido tratando. Sistematizan la temática tan “etérea” que se ha venido desplegando de una forma muy lúcida y minuciosa. Luego de las consideraciones finales, el autor presenta una extensa bibliografía, constituida por las fuentes consultadas, el material de lectura fundamental y el de lectura complementaria.

*La voz de lo divino* es un libro que aporta valor y deja pensando al lector. Puede ser leído tanto por un público en general como por personas pertenecientes al ámbito académico y científico. Pone de manifiesto una dedicada labor intelectual destinada a clarificar y ahondar en los conceptos. Expone dichos conceptos de una manera didáctica, sin caer en simplismos, y complementa las explicaciones con abundantes notas al pie y una extensa bibliografía.

La obra se lee muy rápidamente. A su vez, la profundidad de sus afirmaciones incita a la relectura. Por último, es importante resaltar la actualidad del libro y su experiencialidad: cada página

vuelve sobre la pregunta por cómo la naturaleza humana y la divina se relacionan y se ponen de manifiesto en el quehacer humano, con el foco puesto en el presente de esa relación.

## LA AUTORA

**Daniela Soledad Gonzalez** es Doctora en Letras, Profesora de grado universitario en Lengua y Literatura y Licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (FFyL-UNCuyo). Ha sido becaria de investigación doctoral y posdoctoral del CONICET. Se desempeña como Profesora Adjunta en la FFyL-UNCuyo. Ha realizado diversas publicaciones de nivel internacional sobre variados temas lingüísticos, entre los que se encuentran los adverbios periféricos, la metáfora y la metonimia conceptual, el *embodiment*, el lunfardo, los eufemismos y disfemismos, las nominalizaciones, las verbalizaciones y la escritura científica. Ha participado en numerosos proyectos de investigación. Es miembro del Instituto de Lingüística Joan Corominas (UNCuyo) y de otras asociaciones de ciencia y técnica como el Centro de Investigaciones Cuyo, el Centro de Estudios de Filosofía Clásica (CEFIC, UNCuyo) y el Instituto de Filosofía (UNCuyo). Es directora de la revista *Anales de Lingüística* (ISSN: 0325-3597). Cumple la labor de evaluadora para diversas revistas científicas.